

CESEDEN

LA VIOLENCIA Y LA FUERZA

- Por el General J. BEAUVALLET
(De la Revista Forces Armées Françaises
Octubre de 1973.)
Traducido por el Teniente de O.M.del
Aire Don Marino González Pascual.



Octubre, 1974

BOLETIN DE INFORMACION NUM. 86-VI

LA VIOLENCIA Y LA FUERZA

Reflexiones sobre la defensa.

(Por el Capitán General (C.R.) J. BEAUVALLET

Una corriente de ideas se extiende a la hora actual, a favor de la no-violencia, publicando folletos y artículos, que proporcionan materia para diferentes debates (1) y que parecen tener una favorable acogida -por parte, especialmente, de los cristianos-, que quieren, de esta forma, marcar su descontento con la política nuclear, su ausencia de motivación con respecto a la defensa nacional y su adhesión -de origen religioso, fi losófico o político- a una cierta forma de pacifismo.

A decir verdad, el debate, por actual que sea, no es nuevo y, tan pronto como apareció la conciencia moral, el hombre se interrogó sobre el problema de la violencia y la no-violencia. Esta preocupación, que le honra, se ha planteado muchas veces confusamente. Si se han podido invocar, en este aspecto, las trampas del realismo, los de la autopía no son menos temibles, y peligrosa es también la tendencia a transponer sobre el plano colectivo posiciones que pueden ser justificadas o admitidas sobre el plano individual.

Las reflexiones que siguen no tienen otra pretensión que las de aportar un poco de claridad a este difícil problema.

Estas tratarán, sobre los tres puntos siguientes:

- ¿ Qué pensar de la no-violencia...?
- ¿ Qué nueva dimensión aporta al problema el hecho nuclear...?
- ¿ Qué conclusión dar a este debate...?

(1) La no-violencia ha sido evocada, particularmente, en términos moderados, por cierto, con ocasión de un debate organizado en Lyon el 6 de Julio de 1973, con motivo de la 60ª sesión de Semanas sociales de Francia con el título "Cristianos, guerra y violencia"; debate en el que participó el autor del presente artículo.

¿QUE PENSAR DE LA NO-VIOLENCIA...?

El primer reproche que se puede hacer a la no-violencia es el de apoyarse sobre un equívoco, o más exactamente, de despreciar una distinción fundamental entre la violencia y la fuerza.

La violencia es el abuso de la fuerza y es indiscutiblemente condenable. Si la tomamos en este sentido, será pues normal no ser violento e, incluso, ser anti-violento. Pero si no hacemos esta distinción, nos exponemos al preconizar la actitud de no-violencia, a arrastrar en una misma desconsideración la violencia y la fuerza, cuando el empleo de esta última puede ser legítimo.

La legítima defensa está reconocida por el Derecho Penal y el Derecho Internacional. Lo está igualmente por la filosofía clásica, en particular por la tomista. Conforme al buen sentido, la más elemental negativa a defenderse anunciada a priori, no puede constituir otra cosa que una incitación a la agresión.

Esta distinción entre violencia y fuerza ¿no se encuentra implícitamente incluida en las reflexiones que Pascal ha dedicado a la Justicia y a la Fuerza...?

La justicia sin la fuerza es impotente; la fuerza sin la justicia es tiránica... Es necesario por lo tanto poner juntas a la justicia y a la fuerza; y para ésto, hacer que lo que es justo sea fuerte y lo que es fuerte sea justo.

Encontramos en este pensamiento, al mismo tiempo la distinción entre fuerza y violencia (la fuerza sin la justicia se transforma en tiránica) y el carácter ilusorio de una actitud de no-violencia, en el sentido abusivamente largo que ha sido señalado (impotencia de la justicia sin la fuerza).

¿No podemos mencionar también a Santo Tomás de Aquino y al hecho de que lo mismo se puede pecar por exceso que por defecto...? Si el abuso de la fuerza es condenable, su insuficiencia allí donde hubiese sido necesaria no pudo ser más que un error, una falta, Sobre el plano internacional basta el ejemplo de Munich para convencernos de ello.

Una segunda crítica puede hacer con relación a la actitud de la no-violencia: la pretensión abusiva a una estricta conformidad con el ideal evangélico. Esta crítica se acerca, en ciertos aspectos a la precedente. El Evangelio, es cierto, se opone a la violencia tomada en el sentido estricto del abuso de la fuerza, pero sería inexacto pretender que condena el empleo legítimo de la fuerza.

Cuando el bien armado guarda su casa, lo que posee está seguro.

Esta parábola de Cristo, que encontramos en el Evangelio según San Lucas, es citada por Pascal y parece haber sido la base de sus reflexiones sobre la justicia y la fuerza.

Existe también esta otra parábola, muchas veces citada como pretendida justificación de la no-violencia: "Cuando tu enemigo te abofetee la mejilla derecha, muéstrale la izquierda".

¿Pero existe un precepto que verdaderamente se puede tomar al pie de la letra...? Cristo, a decir verdad, utilizaba frecuentemente parábolas llenas de imágenes para hacernos comprender mejor su pensamiento. Así cuando dice: "Si tu ojo ha pecado, arrán catelo", quiere sencillamente llamar la atención sobre la gravedad del pecado y la necesidad de combatir su causa. En el caso de la mejilla derecha y de la mejilla izquierda, ¿qué ha querido decir?. Que el cristiano, cuando sufre personalmente una injuria o una injusticia, debe dar pruebas de una gran paciencia y no debe reaccionar por el odio, la venganza o la ley del talión, y que debe estar dispuesto para perdonar e incluso amar a su enemigo. Esto no suprime, de una manera general, el derecho de legítima defensa que opone la fuerza a la violencia, pero una fuerza que se ejerce sin odio. Claro está que esto es difícil, pero es lo que hay que tratar de hacer, siendo fieles a sus finalidades defensivas (lo que no quiere decir que los procedimientos sean necesariamente defensivos).

Sin duda, una preocupación de una mayor perfección puede incitar a algunos a un mayor acercamiento hacia la actitud ideal señalada por Cristo - y todo cristiano debe estar dispuesto para la perfección-. Pero de todos modos no podría tratarse más que de una actitud individual no susceptible de ser impuesta por el responsable de una colectividad a los miembros de ésta.

Tomemos el ejemplo más simple de la organización elemental, la familia:

¿Que padre de familia viendo golpear a su esposa o a sus hijos en la mejilla derecha, le diría, pon ahora la mejilla izquierda...?. Con mayor motivo los responsables de la defensa de una nación no pueden tomar semejante actitud.

Más generalmente, un cierto número de preceptos del Evangelio -caso del renunciamiento cristiano, en particular-, no pueden ser aplicados de la misma forma, según sean considerados bajo el punto de vista del individuo o del responsable de una colectividad humana.

Otra crítica más a la actitud de no-violencia: ésta pretende dar una solución de sustitución de la defensa militar por la promoción de una "estrategia de defensa civil no-violenta".

Aunque la expresión de esta estrategia sea muy vaga, el hecho de querer ser una dinámica revolucionaria que turbe el poder, los ejemplos que trata gustosamente, tales como los de Indochina y Argelia, parecen relevar una nueva confusión, sobre todo, por la definición de una estrategia pensada en el marco de guerras de descolonización o de luchas de minorías nacionales.

Cuando se dice que más le hubiese valido a los Vietnamitas practicar la no-violencia, respondemos, por una parte, que ese era su problema y no el nuestro y, por otra, que sin duda, no todos están convencidos de la verdad de esta afirmación.

Si por otro lado se quiere decir que -en el supuesto de que una minoría se crea víctima de una injusticia- más le vale practicar la no-violencia que recurrir a una rebelión armada, estaremos completamente de acuerdo. A pesar de todo, es necesario que esta minoría trate primeramente de aplicar los métodos de persuasión y se esfuerce en jugar limpiamente el juego democrático, pues es igualmente peligroso lanzarse a una campaña de desobediencia civil.

Pero todos estos ejemplos nada tienen que ver con el problema general de la defensa, tal como puede plantearse a una nación independiente que se ve amenazada - por otra, o por un grupo de ellas.

En un caso semejante, la actitud de no-violencia:

- tiene un valor disuasivo casi nulo;
- no puede manifestarse más que después de que el invasor se ha transformado en ocupante;
- tiene un valor liberatorio casi nulo, igualmente.

Podríamos conceder, simplemente, a tal actitud, un valor de apoyo en ciertas situaciones.

En un país ocupado donde el riesgo de tener, por una parte, algunos colaboradores y, por otra, verdaderos resistentes, el problema lo plantea la actitud que adopte la masa de población. Antes que una semi-colaboración o una resignación pasiva, será mejor y más efectiva, una actitud de defensa civil no-violenta.

Pero esto no basta para disuadir, molestar o liberar, y sería una grave ilusión pretender que encierra una solución del problema de la defensa.

El ejemplo checoslovaco presentado a veces por los no-violentos, pretextando que ciertas unidades soviéticas estaban en contra de su misión y que tuvieron que ser relevados, por mucho que se ha confirmado no ha sido absolutamente probado. La situación no cambió en nada por la actitud de la población y, aún si hay en esto una afirmación que puede tener valor en el futuro, se puede decir que la defensa no puede satisfacerse con soluciones a largo plazo.

A decir verdad, los no-violentos -en contra de los ejemplos precedentes- estiman que el problema de la defensa exterior de una nación es un problema caducado y que las guerras futuras será guerras revolucionarias. Esta afirmación que tenía su valor (relativo, por otra parte) hace una veintena de años, lo ha perdido desde que acabaron las guerras de descolonización. Pueden, sin duda, subsistir situaciones donde tal nación trate de liberarse de la influencia que pueda tener tal otra.

Pero más o menos confusamente parece, entreverse, sobre todo por parte de los no-violentos, situaciones revolucionarias interiores en los Estados. Quizá se dejan influenciar en sus análisis por pacifistas o antimilitaristas, que algunos podrían abusivamente asimilar a los no-violentos, cuando opuestos al empleo de la fuerza para la defensa exterior de la nación a la que pertenecen, están dispuestos para hacer uso de la violencia dentro del marco revolucionario que esperan. Inútil decir, que al lado de éstos, la actitud de no-violencia sería de poco peso y la alianza de los no-violentos con los antimilitaristas de esta especie daría lugar a la confusión de los primeros.

Contestando, por último, a este argumento de los no-violentos, diremos que la defensa de una nación no se presenta dos veces en las mismas condiciones.

Es cierto que la coyuntura estratégica ha cambiado. La disuasión nuclear, de la que volveremos a tratar, hace poco probable las confrontaciones militares importantes. Pero las naciones, tanto las grandes como las pequeñas (las primeras más que las segundas), se esforzarán por alcanzar sus objetivos estratégicos -defensivos u ofensivos- por caminos en tanto sea posible, no militares; por la diplomacia -clásica o de reuniones en la cumbre, conferencias bi o multilaterales-, por la propaganda, directa o indirecta, por la subversión si llega el caso; caminos que se beneficiarán -para ciertas naciones al menos- de la presión de un aparato militar considerable, jugando su papel por su misma existencia y sin que se pueda excluir que aquí o allí se produzcan confrontaciones militares que en principio deberían ser limitadas.

De esto resulta que la "amenaza" que otras veces se definía de una manera relativamente simple respecto a un enemigo principal, toma un carácter más difuso. La denominación "estrategia en todas direcciones", que gozó de estimación hace algunos años y que ha sido criticada porque, comprendida en términos de estrategia de medios parecía demasiado ambiciosa para Francia, presenta esta ventaja de traducir muy bien este carácter difuso e indirecto.

Además, no proponiendo a la opinión un enemigo principal eventual, se evita crear un ambiente de hostilidad que se opondría a la distensión.

Esta forma de plantear el problema de la defensa en términos tan generales, orienta al ciudadano dirigiéndole hacia motivaciones más nobles que el odio contra tal o cual enemigo hereditario o principal.

Parece ser que la juventud, que se pregunta a veces sobre la necesidad del servicio militar, es sensible a semejante formulación, que, sobre todo y antes de la antigüedad, prefiere no excluir esta forma de unanimidad, que desearía encontrar en la nación cuando se trata de problemas vitales para ella. Y la defensa es uno de estos problemas.

Por otro lado, entre los aspectos difusos de la amenaza, existe para las potencias medianas y pequeñas, el temor de no poder hacer oír su voz en el concierto de las naciones, al lado de las superpotencias; temor que tendría una mayor justificación al faltar los medios de garantizar su independencia y de esta forma, afirmar su personalidad.

Esto es lo que da actualidad a un sistema militar de defensa, que parece escapar a los adeptos de la no-violencia.

En fin, última crítica que se opone a los teóricos de la no-violencia: su actitud es peligrosa, tanto más cuanto el equívoco que sostienen y sus pretensiones a un moralismo exigente pueden darle un cierto auditorio.

Es peligrosa en primer lugar, porque si se generalizase en el interior de la nación, si lograrse llamar la atención de una parte importante de la comunidad nacional se correría el riesgo de arrastrar una incontestable disminución del espíritu de defensa, es decir, de la determinación de la nación a no sufrir sin reacción apropiada, las acciones de un adversario cualquiera que fuere. Ahora bien, esta determinación juega al lado de los medios militares que ella valora, un papel esencial en la disuasión y por lo tanto en la defensa misma y en el mantenimiento de la paz.

Es peligrosa también, porque, como ya lo hemos dicho, los no-violentos se exponen, uniéndose a los antimilitaristas, que sin embargo aceptan la violencia e incluso la preconizan dentro del marco revolucionario, a verse desbordados por fuerzas a las que serían incapaces de oponerse.

Más todavía, es preciso apreciar bien que con estas actitudes diversas, no-violencia, antimilitarismo, pacifismo, objeción de conciencia, etc., no es únicamente la Defensa nacional la que es motivo de discusión, sino la noción misma de Nación. Sin duda, esta noción debe evolucionar, pero es necesario vigilar para que sean preservados los valores que forman la personalidad de cada nación; personalidad que debe continuar afirmándose sin que un justo internacionalismo tenga que sufrir por ello; pues tanto en este campo como en otros, " la diferenciación une".

¿ QUE NUEVA DIMENSION APORTA AL PROBLEMA EL HECHO NUCLEAR...? .

Los argumentos de los que se oponen al arma nuclear y en particular de los no-violentos son, entre otros, los siguientes:

- El arma nuclear es un arma inhumana;
- Su empleo eventual está expuesto a crear una situación más catastrófica que la que se quiere evitar (lo que se opone a una de las condiciones de la "guerra justa" de finidas por los teólogos);
- Conduce, en el campo de la disuasión, al equilibrio por el terror, que no puede ser aceptado y que, incluso, si ha evitado el conflicto entre los dos bloques, ha llevado la guerra a los países más débiles.

¿Qué se puede responder a estos argumentos que contienen una parte de verdad, sobre la cual volveremos de nuevo en las conclusiones...?.

El arma nuclear es esencialmente un arma de disuasión, El equilibrio por el terror -puesto que hay que llamarlo por su nombre- no es en verdad una conclusión satisfactoria y no puede ser una solución definitiva del problema de la seguridad del mundo. Estamos de acuerdo sobre el hecho de que hay que imaginar otra cosa. Pero este terror ha mantenido la paz entre los dos bloques desde hace 25 años. Y es capaz de seguir manteniéndola. Sería peligroso renunciar a él mientras no se encuentre otra solución mejor. Decir que ha llevado la guerra a los países débiles es exagerado. De hecho, no ha podido evitar algunos conflictos limitados que se habrían producido, sin duda, de todas formas. Diremos mejor que ha obrado en el sentido de esta limitación. Además, si se hubiera roto el equilibrio entre los dos bloques, las naciones pequeñas habrían sufrido las consecuencias en todo el sentido literal de la palabra. Estas han salido beneficiadas directamente por este equilibrio.

Pensamos, no obstante, y lo repetimos, que de verá encontrarse otra solución. Esta será, sin duda, una organización para la seguridad del mundo, uno de cuyos pilares esenciales sería el del desarme general. Hasta que esto no sea posible, el binomio distensión-defensa parece representar la solución de sensatez.

Ahora bien, la defensa en estos momentos descansa de hecho sobre la disuasión de la cual es difícil prescindir.

Mientras sigamos en el campo de la disuasión, el problema es relativamente simple. Que hará más delicado cuando llegue el momento de evocar la eventualidad de empleo. Ahora bien, la una va, evidentemente, unida a la otra.

Lo que podemos decir es, que, durante este periodo, en el que todavía tenemos necesidad de la disuasión, la probabilidad de empleo es muy pequeña, lo que hace que el riesgo pueda afectarse.

Todo el arte de la diadéctica de la disuasión consiste en hacer tender la probabilidad de empleo hacia cero, permaneciendo significativa la credibilidad de empleo.

Las observaciones que preceden son válidas para el arma nuclear en general, y en particular, para las fuerzas nucleares de las dos superpotencias, que fundamentan en lo esencial su posición en el equilibrio del terror.

¿ Pero es bueno o admisible que otras potencias posean el arma nuclear...?.

Es cierto que la proliferación de armas nucleares puede representar un peligro, y debemos señalar a este respecto, que si Francia no ha firmado el Tratado de no-proliferación, siempre ha declarado que se conduciría como si lo hubiese hecho.

Por otra parte, no es bueno que se perpetúe o acentúen la situación de bipolarismo, siendo deseable que, al menos ciertas potencias medianas o pequeñas puedan hacer oír su voz en el concierto mundial.

Las citadas observaciones a propósito de la evolución de la estrategia y de la amenaza, ponen de manifiesto que estas potencias -medianas o pequeñas- podrán hacer oír mejor su voz, cuando estén en condiciones de afirmar, garantizar y defender su personalidad por medios militares significativos, entre los cuales, el arma nuclear será evidentemente, un argumento de peso; esto, bien entendido, en espera de que se haga realidad el desarme general.

Esta es, al parecer, en el caso particular de Francia la primera justificación a su armamento nuclear que no apunta solamente a su propio interés sino al equilibrio del mundo y al mantenimiento de la paz.

El día que de verdad se aborde seriamente el problema sobre el desarme general -lo que no ha sido el caso hasta el presente-, es indiscutible que Francia tendrá la posibilidad de hacer un mejor papel en estas negociaciones si se presenta como potencia poseedora del arma nuclear.

Por otra parte, se puede decir desde ahora, que ha sido gracias al hecho de poseer el arma nuclear, el que Francia haya podido distanciarse de la NATO, y que por este motivo ha podido jugar un papel primordial en la distensión, papel que jugará todavía y que sería susceptible de jugar en tiempo de crisis.

En la espera del desarme general, la política de distensión es la mejor suerte de paz que tenemos, pero esta distensión debe continuar siendo lúcida y supone la defensa.

El arma nuclear francesa constituye uno de los elementos de esta defensa:

- por una parte, dentro del marco de la Alianza Atlántica, no tanto por el volumen de sus medios, como por el hecho de que dependa de un centro de decisión independiente (es ahora la teoría clásica del policentrismo);

- por otra, y en algunas hipótesis, en el marco de una disuasión nacional.

Si se agregan a estos argumentos el hecho de que la realización del arma nuclear ha permitido a Francia "mantenerse en la carrera", desde el punto de vista científico y técnico, debemos reconocer que las motivaciones de la política nacional francesa no dejan de tener peso y que es normal que Francia no quiera ni renunciar a su esfuerzo, ni interrumpirlo; al menos, mientras que el proceso de desarme general no haya sido emprendido.

¿QUE CONCLUSION DAR A ESTE DEBATE...?

Nuestra conclusión será breve, pues ha sido ya iniciada en lo citado anteriormente.

El empleo de la fuerza para defenderse sigue siendo necesario y está justificado por el hecho de que la alternativa es la capitulación, que no es aceptable.

En el pasado, las acciones convencionales han podido implicar efectos marginales en el campo de la violencia, si no en las intenciones, al menos en los hechos. Este es el caso, por ejemplo, de una acción dirigida contra un objetivo militar que ocasionaba pérdidas entre la población civil. Era necesario, unas veces, esforzarse para evitar estas "rebadas", pero no siempre se podían evitar; otras, éstas se realizaban a propio intento, saliéndose deliberadamente del campo de la fuerza para entrar en el de la violencia, lo que no es admisible en el campo moral.

Con el arma nuclear -estratégica, al menos- e incluso con una estrategia anti fuerzas, no se puede hablar de efectos marginales.

¿Debemos llegar a la conclusión de que es necesario renunciar a la defensa..? ¿O que bastaría con un desarme nuclear?. Esto dejaría sin defensa a la/s naciones amenazadas por una potencia que dispusiera de fuerzas convencionales considerables.

La conclusión es, que no obstante seguir provisionalmente beneficiándonos de esta forma de paz aportada por la disuasión nuclear, hay que buscar activamente una nueva solución al problema de la seguridad mundial.

Esta solución, ya lo hemos visto, no puede ser la "estrategia de defensa civil no-violenta". No puede ser tampoco, para una nación, ni en particular para Francia, un desarme unilateral que algunos preconizan, figurándose ¡grave ilusión! que tendría un valor ejemplar. La solución no puede ser otra que un desarme general. Esto que ha sido siem

pre deseable, se hace ahora necesario.

Así estaremos de acuerdo con las conclusiones del Concilio Vaticano II que preconizaban un desarme simultáneo, progresivo y controlado. Esta posición descarta, como se ve, un desarme unilateral.

Sabemos que este desarme no está todavía maduro y que no está asegurado el acuerdo de todas las naciones, ni el de la aceptación del control.

Entre tanto, -hay algunas razones para ser optimistas, pero de un optimismo prudente y diferido, hay que jugar con el binomio distensión-defensa, descansando ésta última en una gran parte, sobre la disuasión nuclear, y entendiendo que la hipótesis catastrófica de un empleo de armas modernas debe ser amñorada por el hecho de que, como ya se ha dicho, si este empleo debe conservar una credibilidad significativa, su probabilidad debe dirigirse hacia cero, que es a lo que apunta o se dirige precisamente la distensión.

Una forma de prórroga parece haber sido concedida a la humanidad para poner a punto, en un plazo que no debería prolongarse demasiado, un nuevo sistema de seguridad mundial.

Sin duda, esta demora corresponde, en la historia de la humanidad, a un periodo crítico. Pero al final del tunel se descubrirá que el arma atómica ha matado a la guerra. Asumir grandes riesgos con la esperanza de un progreso decisivo, ¿no es este el sentido profundo del mito de Prometeo...?. ¿Y no es en este sentido en el que el filósofo Jean Guilton ha podido recordar a este respecto, que del más grande mal puede salir el mayor bien...?
